

QUIQUE FERNÁNDEZ

LOS AÑOS BUENOS

Adel^{Editores}


Colección *La estirpe alada* / 2

*Para Claudia,
por llenar de música mi vida*

VIERNES

Siguió depositando los vasos y platos en la caja a pesar de que el polvo le ensuciaba los dedos y la frente se le había encharcado de sudor. A lo lejos, llegando desde el pasillo, pudo intuir la voz de Inés.

—No contesta, no contesta... es que no contesta.

Trató de mantener la concentración, pero el pulso le temblaba. Un vaso estuvo a punto de resbalar de su mano cuando se percató de que Inés estaba avanzando hacia la cocina.

—¿Y si pruebas a llamarla tú? A ti siempre te hace caso.

Fingió no oírla, ensimismado en su tarea de guardar también las cucharas y tenedores. Una migaja de polvo se coló en sus fosas nasales y le hizo estornudar cuando ya casi no quedaba espacio en la caja de cartón.

—¡Óscar! ¿Me estás escuchando?

Sujetó otro plato y desvió la mirada. La encontró apoyada en el quicio de la puerta, sus manos huesudas y venosas agarraban el teléfono móvil.

—Ni siquiera pido que nos ayude, sólo que se interese por nosotros.

Óscar entornó los ojos con la intención de contemplar su reflejo en el plato; la suciedad se lo impidió.

—Déjala. Está ocupada. Me dijo que tenía mucho trabajo y que después saldría a cenar.

—Ni un mensaje, ni una llamada —murmuraba Inés mientras caminaba en círculos.

—Ya es mayor.

—¡Y tanto que es mayor!

Inés había apartado la atención del móvil y le observaba con los párpados muy abiertos. En su rostro se acumulaban las arrugas, una tenue luz iluminaba el mechón de pelo blanco que le caía sobre la frente.

—Oye, y no lo guardes todo ahora, que de alguna forma tendremos que cenar esta noche y comer mañana.

El semblante de Óscar palideció; le pitaban los oídos. No pudo evitarlo: el temblor en los brazos era ya insoportable y el último plato cayó al suelo creando un eco en la cocina.

—¿Ves? No podemos encargarnos de todo. Es mejor que descanses. Tenemos el resto del fin de semana —dijo Inés acariciándole el hombro.

Óscar hizo caso omiso e intentó recoger el plato agachándose poco a poco. Antes de que pudiese tan siquiera rozarlo, se tocó de forma repentina la espalda y compuso una mueca.

—¡Ah! Dios mío, otra vez, ¡ay!

—¿Qué te pasa?

—No me toques, no me toques.

Desde su posición, sin moverse un centímetro, vio cómo la respiración de Inés se desbocaba.

—Pobre mío, pobre mío... ¿estás bien? —Su esposa agarró el plato y lo dejó sobre la encimera; después apartó la caja y le ayudó a incorporarse.

—Ah, duele...

—Si es que no puedes hacer esfuerzo, te lo han dicho todos los médicos.

—¿Tienes las pastillas? —preguntó Óscar con un hilo de voz.

—Las he olvidado —contestó Inés, rostro desdibujado, buscando en los bolsillos.

Silencio. La cocina quedó envuelta en una quietud que sumió a Óscar en un inesperado sosiego. Sus pupilas brillaron al formular la pregunta:

—¿Y si vas a la farmacia? No puedo moverme.

Inés asintió con la cabeza. En ese instante, ambos frente a frente, muy cerca el uno del otro, Óscar advirtió que ella también estaba sudando. Las gotas salpicaban sus mejillas y pensó que aquellos pómulos afilados iban a derretirse.

—Vuelvo enseguida. ¡No te levantes!

Lo siguiente que escuchó fueron los pasos de Inés avanzando deprisa, muy deprisa, pasillo arriba; y un portazo.

Óscar se apoyó en el canto de la mesa y tomó impulso; sus piernas flaqueaban. Le costó un gran esfuerzo recomponerse y poner rumbo con caminar torcido hacia la habitación, cada movimiento era una puñalada de dolor que le subía desde la espalda hasta la nuca.

La bombilla del dormitorio no funcionaba, tan solo un parpadeo antes de fundirse. Poco le importó a Óscar, que empezó a buscar casi a ciegas. ¿Dónde estaba el pijama? No lo vio en la maleta, tampoco bajo la almohada, ni en sus cajones del armario. Los pantalones le apretaban, pero no lograba encontrar una prenda más cómoda con la que tumbarse y descansar.

Se aproximó a las baldas del armario que solía utilizar Inés. Allí apartó camisetas, bañadores, toallas, ropa interior... Nada que le pudiese servir.

Cambiaba de un cajón a otro ya sin esperanza, resignado a acostarse desnudo. Detestaba mostrarse así ante Inés, tan vulnerable, tan débil, con las manchas de la piel que se podían apreciar a simple vista.

Pensó que no podría aguantar mucho más tiempo si continuaba sufriendo aquellos agujonazos en la espalda, pero se secó el sudor de la frente e hizo una última búsqueda.

Antes de detenerse rozó algo que no pudo reconocer y que captó su atención. Se asemejaba a un recipiente de plástico, un bote con el tapón mal cerrado, a juzgar por la capa de viscosidad que lo cubría.

Cerró los dedos y apretó hasta que parte del contenido empezó a derramarse sobre sus falanges: era espeso, provocaba una agradable cosquilla en la piel. Se dispuso entonces a frotarse las manos, a olfatear la esencia que desprendía el líquido. El vello se le puso de punta y un mal sabor de boca invadió su paladar.

Sólo el ruido de unas llaves encajando en la cerradura le empujó a salir del trance. Tuvo que centrar sus esfuerzos en colocar la ropa y así fingir que nada había ocurrido. Apenas pudo fijarse en el recipiente, aunque bastó con un vistazo para que la sangre se le helase.

—¡Eh! ¿Dónde estás?

Las zancadas de Inés se escuchaban ya muy próximas al dormitorio. Óscar escondió el bote en el bolsillo trasero de los pantalones.

—¿Qué haces aquí? Te dije que no te movieras, ¿querías tumbarte?

Asintió en un susurro, todavía con la mano mojada. Permitted que Inés se abalanzara sobre su rostro, que se lo llenase de besos en las mejillas y que acercase con suavidad la pastilla a su boca.

—Amaia ha contestado. Dice que tiene mucho trabajo.

—Es justo lo que me había...

—Pues eso —interrumpió Inés—, lo que yo decía, que está cansada y que ha salido a cenar con una amiga, ¿es que te preocupas demasiado por ella! Hace mucho tiempo que ya no es una niña.

Óscar prefirió no responder y dejarse llevar hasta la cama. Ella le sujetaba del brazo y él percibía que el tacto era sucio, como si las manos de Inés supurasen una baba asquerosa, tal vez ese mismo líquido que acaba de descubrir.

Logró tumbarse entre gemidos y lamentos, apoyando sus fuerzas en el hombro de Inés. Una vez las molestias empezaron a aliviarse, ya acomodado sobre el colchón, Óscar abrió mucho los párpados y contempló a su esposa, que estaba a punto de marcharse del dormitorio.

—Oye, Inés...

—¿Qué pasa?

La escrutó. Así como estaba, plantada en el umbral de la puerta, su sombra proyectándose a lo largo de la habitación, parecía más joven y fuerte. O al menos más joven y fuerte de lo que era él.

—Nada.

—Vamos, descansas y mañana seguimos.

Siguió escuchando su voz incluso al esconder la cabeza bajo la sábana. Inés abría las ventanas, recorría el salón, las otras habitaciones, arrastraba las cajas vacías de un lado a otro. Pobre, si es que está viejo, si es que un día de estos va a darme un susto porque piensa que todavía tiene veinte años; y Óscar intentando no oírla, tratando de hallar acomodo, sacando el bote del bolsillo y cerrando el tapón.

Irrumpieron las últimas luces de la tarde mientras él se revolvía, buscando la mejor postura. Los hombros le molestaban al colocarse de lado, una opresión invadía su pecho cuando probaba a ponerse bocabajo. Y las manos aún pringadas

de aquel líquido. Y la piel sucia de viscosidad. Y el cuerpo sintiendo la cosquilla, el cuerpo asumiendo que no era el último en haberse escondido bajo esa misma sábana, el cuerpo contemplándose a sí mismo, desde fuera, como cualquiera de las motas de polvo que se mecían alrededor de las cajas.